

JUAN FRANCISCO FUENTES: *Adolfo Suárez. Biografía política*, Planeta, Barcelona, 2011, 590 págs.

Hubo un tiempo en el que los historiadores eliminaron de sus prioridades la comprensión de la «alta política». Atraídos por modas metodológicas variadas, algunas que amparaban una idea de la historia como una disciplina de los datos y los procesos cuantificables, otras que pretendían hacer de la historia un frente más de la lucha social, el caso es que la política en su dimensión institucional y más compleja perdió atractivo. No tardó en revelarse la impostura de ciertos lenguajes metodológicos y el fracaso de sus promotores a la hora de explicar la evolución de las sociedades políticas occidentales. El lógico corolario fue, poco a poco, una reanimación pausada pero muy ilustrativa del interés por la historia de la política y de sus protagonistas. El género de la biografía experimentó una importante recuperación en la medida en que dejó de considerarse que los individuos, sus ideas, sus estrategias y sus decisiones eran irrelevantes para comprender el pasado. Ciertamente, el público nunca había dejado de mostrar un gran interés por la biografía política. A nadie se le escapa lo atractivo que resulta conocer la evolución de la vida de quienes nos han gobernado y poder saciar así la curiosidad sobre cómo y por qué llegaron a tener ese protagonismo. Pero también porque, como ya explicara uno de los grandes pensadores liberales del siglo XX, en la historia «hay puntos nodales en que los actos de ciertos individuos, libres para escoger entre diversas opciones, pueden tener las más vastas consecuencias.»

Isaiah Berlin, el autor de esta reflexión entrecorrida, estaba en lo cierto. Si prescindimos de las personas podremos hacernos una cierta idea del medio y largo plazo, pero cualquier modelo teórico fracasará si da por supuesto que en la evolución de las sociedades no cabe un espacio para todo aquello que depende de una o varias decisiones individuales. La incertidumbre y la ausencia de toda determinación son el fruto lógico de la acción individual. Los individuos, con sus valores, sus lenguajes y sus contextos, escogen; y sus elecciones tienen, como decía Berlin, consecuencias.

Nada más útil para tomar conciencia de esto que preguntarse por la trayectoria biográfica de aquellos que ocuparon puestos de alta responsabilidad en momentos en los que una sociedad dada se enfrentaba a un alto grado de incertidumbre y de oportunidades. El caso de Adolfo Suárez es paradigmático; su biografía pertenece a uno de los períodos más fascinantes de la historia contemporánea española, el que engloba los últimos años de la dictadura franquista y la transición a la democracia, tanto en su etapa inicial y constituyente, como en la de consolidación del nuevo régimen democrático.

Tanto porque su vida política nos aporta claves indispensables para comprender la transición como por el enorme atractivo que en su día despertaba el que fuera primer presidente de la nueva democracia española, es comprensible que la biografía de Suárez haya tenido muchos y variados biógrafos y analistas. Uno de los primeros fue Gregorio Morán, que si bien escribió una biografía de indudable interés, lo hizo en un momento demasiado cercano en el tiempo. Su *Adolfo Suárez. Historia de una ambición*, publicado por Planeta, vio la luz en 1979, cuando todavía el biografado estaba en la presidencia del gobierno y podía ocurrir que el enfoque de su libro, marcado por la idea de un Suárez pragmático y acomodaticio, preocupado más por el poder que por las ideas y el bien común, respondiera a la presión de las circunstancias. Desde entonces se han publicado otros trabajos que, directa o indirectamente, se han ocupado de la trayectoria biográfica de Suárez. Algunos son textos de periodistas que responden, para bien y para mal, a la lógica de esa profesión, por lo que si bien tienen interés no siempre resultan fiables en cuanto a las fuentes. Otros son fruto de la acumulación de testimonios y de la experiencia vivida por quienes compartieron con Suárez importantes momentos de su trayectoria y han tenido oportunidad de entrevistar y conocer de primera mano a otros protagonistas. Si bien a veces ha predominado un tono apologético, comprensible si consideramos que algunos de estos autores compartieron con Suárez muchos años de ilusiones, dificultades, éxitos y fracasos, lo cierto es que cada uno, desde una perspectiva diferente, ha aportado algo nuevo y relevante para recomponer el relato biográfico de Suárez. Ahí están, por ejemplo, los libros de Abel Hernández (*Suárez y el Rey*), Manuel Ortiz (*Adolfo Suárez y el bienio prodigioso*) o Carlos Abella (*Adolfo Suárez. El hombre clave de la Transición*), este último un texto bien trabajado y apoyado en varias decenas de entrevistas que lo hacen muy valioso. Tampoco hay que olvidar, además, que el estudio de la transición española desde un punto de vista académico ha sido abundante y, en algunos campos, bastante eficaz. En ese sentido, trabajos pioneros como los de Carlos Hunneus o Mario Caciagli, publicados ambos en la segunda mitad de los ochenta, explicaron as-

pectos fundamentales para entender la génesis y evolución del partido que lideró Suárez, la Unión de Centro Democrático y, por tanto, de la propia actuación de aquél.

Todo este material ha acumulado, sin duda alguna, un volumen de información —a veces también de confusión, con no pocas interpretaciones fantásticas— que ha permitido avanzar significativamente en un conocimiento más equilibrado y completo de la vida política de Adolfo Suárez, un personaje seductor pero no poco escurridizo. Y sin embargo, no contábamos hasta ahora con una biografía realizada por un historiador, es decir, un trabajo que no convirtiera los rumores en hechos probados y que se propusiera, en la medida de lo posible, contrastar varias fuentes y testimonios para tener una idea más precisa y rigurosa de las diferentes etapas y decisiones de Suárez. Ésa es la laguna que ha cubierto ampliamente Juan Francisco Fuentes, que ya tenía una amplia experiencia en el ejercicio de la biografía y que contaba, además, con una sólida trayectoria investigadora, aunque no preferentemente en el periodo de la transición española a la democracia.

*Adolfo Suárez. Biografía política*, publicado por Planeta en la colección *España Escrita* y magníficamente editado e ilustrado, puede considerarse, sin peligro alguno de exageración, una obra que marca un antes y un después en el conocimiento de la trayectoria política de Suárez y, por tanto, en la comprensión de la Transición y los primeros años de la actual democracia. Fuentes no sólo ha escrito una biografía que, por primera vez, contrasta fuentes e informaciones muy diferentes para intentar cerrar la explicación de hechos y decisiones complejas y capitales, como por ejemplo el momento de la dimisión de Suárez en febrero de 1981. También ha escrito un libro que, por suerte para sus lectores, no está contaminado por un lenguaje académico y tedioso, sino que tiene un estilo rápido y atractivo. Combina, así, lo mejor de la prosa periodística con el rigor imprescindible del buen hacer del historiador.

Fuentes ha reconstruido la trayectoria biográfica de Suárez utilizando todos los materiales ya publicados en lustros anteriores, pero también ha añadido una importante labor de investigación. Destaca, en ese sentido, la utilización de papeles privados que el autor ha podido consultar y que, en su mayor parte, estaban inéditos. Los más provechosos son, seguramente, los informes y documentos de Eduardo Navarro Álvarez, el que fuera una de las personas más cercanas a Suárez y autor de buena parte de sus textos, además de otros incluidos en los archivos de José Luis Sanchís, Jaime Carvajal y Urquijo y, sobre todo, Jorge Trías Sagnier. De este modo, gracias a estos papeles variados, Fuentes ha podido incorporar a su análisis de la gestación

de la Ley para la Reforma Política el estudio de un borrador de esa norma elaborado por el propio Navarro (pág. 158). O también, gracias a los papeles de su hombre de confianza, ha perfilado mejor el carácter y determinación del biografiado; así se pone de manifiesto en este testimonio que recoge el autor y que se refiere al momento en que dimitió el vicepresidente primero del gobierno, el general De Santiago, en plena lucha para conseguir la aprobación de la Ley para la Reforma Política. Gracias al testimonio de Navarro, nuestro autor puede retratar al Suárez de esa trascendental coyuntura, justo cuando la tensión entre el militar dimitido y el Presidente había alcanzado una cota elevada: cuando De Santiago le recordó al Presidente que la historia de España «era pródiga en golpes de Estado militares», Suárez le «recordó a su vez que en España seguía en vigor la pena de muerte» (pág. 170).

Este episodio es sólo una muestra de otros tantos que aparecen en este libro y que permiten, poco a poco, perfilar un retrato más nítido y completo de Suárez, un personaje menos simple de lo que algunos han señalado pero más pragmático y oportunista de lo que otros han querido aceptar. Ahora bien, quizá una de las aportaciones más importantes del libro que ha escrito Fuentes sea la de explicar a Suárez sin pretensión alguna de exagerar sus rasgos, positivos o negativos; de tal forma que el biografiado responde bien a la realidad de un político a veces brillante, resuelto y optimista, otras sobrepasado, algo acomplexado e inseguro. No es un Suárez sobrehumano, capaz de concebir de antemano la transición y planificar maquiavélicamente todos y cada uno de sus pasos y decisiones, previendo sus consecuencias y adelantándose a ellas. Pero tampoco es un Suárez títere de otros cerebros más privilegiados y bien situados, incapaz de actuar más allá del corto plazo y preso de una irrefrenable y compulsiva ambición de poder. Fuentes retrata a un Suárez que, como no podía ser de otro modo aunque a alguno le decepcione, tenía una incuestionable voluntad de poder; con un origen provinciano y más bien humilde, Suárez había conseguido trepar en la administración de la segunda etapa del franquismo no gracias a sus méritos académicos o a una inteligencia privilegiada, sino a una hábil explotación de dos de sus mejores cualidades: un carácter abierto, resuelto y optimista, y una clara idea de cómo sacar partido de los amigos políticos, en su caso Fernando Herrero Tejedor. Pero es también el retrato de un Suárez que convierte su ambición y agilidad en dos grandes bazas para, una vez en la Presidencia del gobierno, impulsar un programa de cambio político que, a buen seguro, pocos de sus coetáneos podrían haber gestionado de esa forma y con tan buenos resultados. En ese sentido, aunque muy lejos por formación y capacidad de alguno de los grandes personajes del aperturismo y del reformismo, como Manuel Fraga o José María de

Areilza, Suárez no tuvo que envidiarles nada como político, quizá porque, a diferencia de aquéllos, su pragmatismo y su flexibilidad le predisponían mejor para gestionar un período que, pese a lo que algunos piensan, no sólo no estaba predeterminado sino que era extraordinariamente cambiante. Es decir, sólo Suárez, o alguien con su personalidad y su audacia, podía afrontar con éxito una tarea como la que aquél llevó a cabo entre julio de 1976 y diciembre de 1978, una tarea que exigía conciliar a la vez comportamientos y habilidades muy distintas: flexible y encantador con las oposiciones, prudente y decidido con algunos personajes de o cercanos al bunker, leal a la vez que ambicioso frente a los cerebros grises que tenían planes pero que carecían de medios, realista pero firme en la aplicación y las consecuencias del pluralismo, suficientemente pragmático pero no menos decidido en el terreno pantanoso de las ideas y las instituciones...

Fuentes acierta, finalmente, al reconstruir la biografía de Suárez desde un punto medio en el que si bien el personaje no alcanza esa dimensión de gran estadista que nunca tuvo, tampoco es solamente un político de segunda, manejado como una marioneta desde Zarzuela e incapaz, en última instancia, de contrarrestar la presión de sus amigos políticos. Suárez fue, al menos hasta principios de 1976, una figura relativamente menor, con pocas cualidades reseñables. Sin embargo, cuando el Rey y Torcuato Fernández Miranda decidieron que era la persona adecuada para sustituir a Arias Navarro, Suárez supo utilizar con destreza y valentía su pragmatismo y su ambición de poder, poniendo ambos al servicio de un proceso que, precisamente, necesitaba de alguien que reuniera tres requisitos, cuidadosamente combinados: la falta de miedo, una buena dosis de flexibilidad ideológica y la ausencia de un proyecto cerrado y rígido sobre el cambio de sistema político. La biografía de Fuentes pone de manifiesto que, pese a otras interpretaciones más periodísticas y proclives a la técnica de la cuadratura del círculo, la trayectoria de Suárez se explica mejor si se atiende a la variable combinación de todas esas cualidades, según las circunstancias. Sólo ese Suárez, nada dogmático, algo imprudente a veces pero convencido de unos pocos principios básicos y suficientemente seguro y atrevido, pudo actuar como lo hizo en la crisis provocada en marzo de 1976 por los sucesos trágicos de Vitoria, algo que a buen seguro explica también que tomara decisiones como la de legalizar el Partido Comunista en la primavera de 1977. El mismo Suárez que, como explica muy bien Fuentes —y posiblemente en esto sea uno de los primeros—, a finales de 1975, tras la muerte de Franco y su entrada en el gobierno de Arias, no tenía una idea precisa de cómo debía ser la reforma política, hasta el punto de haber pasado de un aperturismo propio del tardofranquismo a aceptar e impulsar el camino de «la ley a

la ley» que llevaba directamente a un proceso constituyente y a una plena democracia. Así era Suárez y así lo relata Juan Francisco Fuentes, en un libro que, en definitiva, contiene muchas reflexiones nuevas sobre la transición y cuya máxima virtud es, sin duda, la de mostrar un Suárez capaz de adaptarse a las circunstancias, bastante humano y fiel reflejo de aquella historia apasionante de los años setenta en la que nada estaba escrito *a priori*.

*Manuel Álvarez Tardío*

Profesor Titular de H.<sup>a</sup> del Pensamiento  
y los Movimientos Sociales y Políticos  
Universidad Rey Juan Carlos, Madrid

J. BARRAT I ESTEVE y R. M<sup>a</sup>. FERNÁNDEZ RIVEIRA (Coords.): *Derecho de sufragio y participación ciudadana a través de las nuevas tecnologías*, Cizur Menor, Civitas-Thomson Reuters, 2011, 359 págs.

El libro que se comenta tiene su origen en unas Jornadas celebradas en octubre de 2009 en el Instituto de Derecho Parlamentario de la Universidad Complutense. El tema que nos plantea presenta dos características que lo hacen extraordinariamente atractivo: primero, afecta a una materia, el derecho de sufragio y la participación ciudadana, que por su conexión con el ejercicio de la soberanía posee una enorme relevancia social, política y jurídica; y segundo, es una cuestión absolutamente abierta al futuro, que proporciona abundantes espacios de reflexión, debate y acción a estudiosos y responsables políticos. No hay duda de que las formas tradicionales de participación política necesitan una revisión para afrontar los retos y aprovechar las posibilidades que ofrecen las nuevas tecnologías. Pero esta revisión exige observar, considerar y juzgar la realidad en la que se opera, y a ello contribuye este libro.

Como obra colectiva, ofrece una panorámica rica y variada que, sin embargo, no impide obtener una visión razonablemente cabal de la relevancia que adquieren las nuevas tecnologías en el desenvolvimiento actual de los sistemas democráticos. En definitiva, el libro ofrece un material actual, sugestivo y riguroso, que por la calidad de los trabajos y por la variedad de perspectivas se convierte en una fuente de inevitable consulta para cualquiera que se interese por el tema desde distintas disciplinas.

Los autores son todos ellos profesionales con una dilatada experiencia en la materia, que han acumulado por su labor investigadora, por desarrollar su trabajo en instituciones directamente implicadas en estos asuntos, o por ambas cosas a la vez. Ello repercute directamente en la calidad de los trabajos,